

LECTURAS DE ULTIMA HORA



Por Ángel Rama

1. España en el corazón

Quiénes somos, como en la bella insignia rubendariana, "americanos de España y españoles de América", no podemos hablar de España sin que nos tiemble la voz. Porque ella es también nuestra carne y nuestra sangre, quizás la más dolida y sin duda la más entrañable. Y con estrujamiento de corazón he estado leyendo las revistas literarias de la República Española que una editorial alemana (la Verlag Detlev Auvermann KG, Glashütten im Taunus) viene publicando en reproducciones facsimilares. Ya han aparecido los 22 números de Hora de España, que de enero de 1937 a octubre de 1938 se publicaron en Valencia y en Barcelona bajo el estruendo de los bombardeos alemanes; aquella inicial de que participara Pablo Neruda, Caballo verde para la poesía, de la que salieron cuatro números en Madrid, de octubre de 1935 a enero de 1936, en las vísperas del alzamiento; los 24 números de Romance que los refugiados españoles hicieron aparecer en México de febrero de 1940 a mayo de 1941 para decir que una prodigiosa tradición cultural había sido vencida pero nada podría destruirla. Y ahora la colección completa, los 39 números publicados de 1933 a 1936, de la gran revista católica española Cruz y raya que dirigiera José Bergamín pregonando, como su colega francesa, *Esprit*, que el pensamiento católico no tenía por qué ser reaccionario ni pactar con un pasado oscurantista, sino que estaba abierto al futuro, a la libertad de los hombres, al sentimiento republicano, a la esperanza de una sociedad mejor.

Yo quisiera pedir aquí, a alguno de los tantos republicanos que han reconstruido su hogar en América y han vuelto a hacer por sus países de adopción lo que hubieran hecho por su tierra natal, que adquieran y donen esas colecciones a nuestra desvalida Biblioteca Nacional. Porque en esta serie de revistas vuelve a reconstituirse viva la herencia española, su generosidad creativa, lo mejor que intelectuales del más alto nivel estaban haciendo para modernizar a España y levantarla nuevamente a la categoría que corresponde a su historia, a su pueblo, a sus posibilidades de desarrollo. Y porque la humilde tarea que a todos nos toca en este universo fracturado en que vivimos es tratar de religar la continuidad creadora de la especie, permitir que los nuevos reciban el mensaje de los que pasaron y que éste no haya sido proferido en vano.

José Bergamín ha agregado a la reedición de su revista, un ensayo, "Signo y diseño de Cruz y Raya", cuya lectura es por momentos patética porque los que él dice en el arábico de su escritura, que fueron los propósitos de la revista, ser católica y republicana, suenan como consignas posibles cuarenta años después. Ese patetismo lo acrecen dos reproducciones facsimilares: una carta de Miguel de Unamuno remitiendo cuatro sonetos para la revista y una nerviosa anotación de Federico García Lorca que al dejar en la redacción de la revista los origi-

nales de Poeta en Nueva York, el 16 de 1936 (¡qué lecha!) le dice: "Querido Pepe, he estado a verte y creo que volveré mañana. Abrazos de Federico". No volvió: en ese mañana viajó a Granada y todo lo que vino después es demasiado dolorosamente sabido.

2. Los descendientes de San Jerónimo.

Valéry Larbaud, que acometió la hazaña de traducir el *Ulysses* de Joyce, no dejó de invocar como su santo patrono a San Jerónimo, el paciente traductor de la Vulgata. Y pudiera proponerse que él sea instituido como el patrono de los poetas, porque es posible desconfiar de un poeta que no haya acometido estas dos riesgosas empresas: traducir alguna poesía de otra lengua e insertar un verso ajeno dentro de una de sus obras (eso que hizo Virgilio con Homero, y Dante con Virgilio, y Dario con Dante y así sucesivamente). Ese es el mejor homenaje a la poesía, el mayor honor que pueda rendirse a su universalidad y a su reviviscencia terca en toda lengua. Pablo Neruda, en la reciente edición de sus Obras completas (tres volúmenes de Losada) incluye la serie de sus traducciones, donde hay admirables versiones de William Blake, y es uno de los títulos de su grandeza.

Ahora encuentro uno de estos homenajes callados, estas contribuciones humildes y profundas, en un volumen publicado por el Instituto Colombiano de Cultura y que incluye todas las Versiones poéticas de Otto de Greiff. Este colombiano, nacido en Medellín, dentro de una familia que se ha hecho famosa en la cultura colombiana, descendiente de línea sueca y alemana, tiene hoy setenta años y si bien ha escrito innumerables trabajos sobre temas de poesía, su más conocida y persistente pasión ha sido la música, al punto que muchas de las piezas que componen este inusual libro estuvieron destinadas a poner en español textos cantados de diversas lenguas extranjeras. Ello explica lo variado y arbitrario de la selección, donde hay piezas menores y ocasionales junto a textos del más alto nivel artístico.

Lo sorprendente es la variedad de lenguas de las cuales traduce Otto de Greiff que permite evocar al maestro español Rafael Cansinos Assens a quien le debemos desde Dostoiewski hasta *Las Mil* y una Noche, pero aquí esa tarea se ciñe rigurosamente a la poesía con un afán de precisión y de claridad, de respeto de los significados que hace de sus traducciones útiles instrumentos para tratar de penetrar en los textos originales (que lamentablemente no son incluidos en el presente volumen). Las versiones francesas se detienen con especial delectación en José María de Heredia para luego playarse en los simbolistas, muchos de los cuales fueron puestos en música por los compositores limiseculares: Pierre Louys, Stéphane Mallarmé, Paul Fort, y concluir con el cubista Guillaume Apollinaire. Las versiones alemanas recorren todo el romanticismo con un capítulo especial introductorio para Goethe y una particular atención a Holderlin y a Heine, pero también con un vasto capítulo dedicado a Rainer Maria Rilke. Las versiones inglesas traen la traducción completa de la canción del viejo marino de Coleridge. Las menos interesantes son las italianas, hechas al servicio del movimiento polifónico del XVI y de la ópera del XIX. La colección se cierra con una pieza maestra de notable rareza: el poema *Trymskvida*, uno de los Edda, los cantos escandinavos escritos alrededor de los siglos IX y X de nuestra era. No sé de otras versiones islandesas a nuestra lengua, fuera de las frecuentaciones de Borges.

Creo que es nuestra lengua española la que esta de parabienes con este volumen. Y es San Jerónimo quien en su tumba se suma al regocijo.